

Montaje literario

Sara Gómez

Quisno

Montaje literario

Sara Gómez

Quisimo

© Sara Gómez
Editorial Quiasmo
Barcelona, 2020

A La Caldera

Por sus 25 años

Éste es un texto poético. Aunque por momentos se confunda con breve ensayo o remembranza histórica, se trata de una acción literaria acerca del tiempo que imita, del montaje del cine, la capacidad para situar distintos tiempos en uno solo.



1. Gestus

Recordar es traer el pasado a que dé la mano al presente, ya lo había dicho Bataille: la memoria une pasado y presente (*La experiencia interior*).

En numerosas ocasiones se ha meditado sobre la reconstrucción de la memoria a través de fotografías, imágenes que conservan y reavivan algo de lo que una vez nos perteneció; diría Roland Barthes, se trata del encuentro con el *punctum* (*La cámara lúcida*), con lo que una vez sucedió allí para nosotros.

Hablar de pasado, la mayoría de las veces, cuando se ha de conmemorar algún acon-

tecimiento, supone una reconstrucción de la memoria; pero en esta ocasión propongo revisar un suceso del pasado de *La Caldera* no para reconstruir lo que fue sino para reconocer lo que todavía sigue diciéndonos.

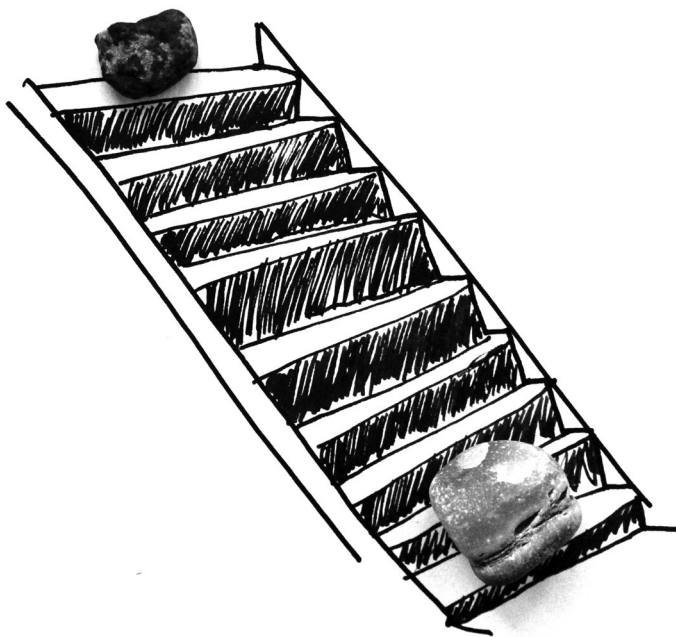
No os invito para pensar sobre lo que se extraña de un suceso pasado, o de una imagen fotográfica, sino sobre lo que puede decir un instante acerca de lo que le dio lugar y sobre todo, lo que, en su rastro (sea que lo haya dejado inscrito en grafito, placa fotográfica o recuerdo personal), todavía está a la espera de ser nombrado. Se trataría de pensar en una acción pasada como si fuese gesto suspendido, pendiente de resolución, diría Walter Benjamin en sus comentarios sobre fotografía: huella que espera su conclusión.

Cualquier palabra, acto o vivencia (incluso empañado por el paso del tiempo) grabado en metal o memoria, es huella que señala algo que espera una realización que le es ineludible, como gestus, el trazo que el

pintor inicia no concluye todavía, es mano que se eleva, es retratada y deja indicados infinitos caminos para imaginar su próxima revolución.

¿Qué tuvo lugar en el origen de *La Caldera* que ha dejado huellas que aún apuntan hacia su resolución, que aún tensan los eventos presentes y futuros, y que la aglutinan como ser idéntico en sí mismo, ese que a pesar de los cambios y del paso del tiempo se mantiene hoy aquí?

Venid conmigo a lo largo de este texto para redibujar la gestualidad pasada, que pueda decirnos algo pertinente sobre el presente y quizá anunciarnos un futuro por venir.



2. Instante

Podrían localizarse muchos instantes inaugurales de *La Caldera*, por ejemplo, aquél en que Álvaro de la Peña colgaba el teléfono luego de hablar con la inmobiliaria, decidido ya a reunir varios colegas para alquilar la inmensa estructura industrial que serviría como primer impulso del proyecto cultural que nos reúne en celebración.

O bien, podría pensarse el momento en que se firmaba el contrato de alquiler, o el acta constitutiva de la asociación, el primer ensayo, la primera fiesta.

Cualquier momento pudo haber sido definitivo para dar lugar a lo que sería *La*

Caldera; pero propongo hallar uno que no inauguró el local (el edificio) ni su uso a manos de los socios y sus correspondientes proyectos; sino aquel instante que le transformaría en espacio generador de procesos de creación artística, me refiero al instante en el que el espectador entra en escena; que como tercer agente (además de obra y creador) trazaría los caminos para dar lugar a un proyecto comunitario.

Público, espectadores, audiencia; no eran visibles en el origen, y sin embargo ya estaban ahí.

A decir verdad, imaginaba hallarme con un único momento, un suceso puntual del encuentro creador-obra-espectador- en las actividades que acontecieron en el famoso edificio situado en Gracia, como si pudiese localizarse en el minuto tal del año tal, 5:45 pm del 2 de octubre de 1995, por ejemplo. Pero no existió tal cosa, más bien reconocí una franja de tiempo que dio lugar a este triádico encuentro; que por ser parte del

pasado, puedo imaginarle como *instante* que es a la vez *duración*. Instante hecho de la suma de segundos, horas, años, no importa, condensados por un mismo propósito.

Ese *instante-duración* está construido de tres sucesos, que son continuidad de una historia y a la vez fragmentación, son sucesión y coexistencia:

- a) Los encuentros en las escaleras, esas que dividían las plantas del edificio, donde, por azar, los socios, bailarines y demás colados, tropezaban y charlaban allá por 1996.
- b) La grabación del vídeo *3 minutos de cocción* de Inés Boza, presentado en el 97, cuyos capítulos o segmentos se dividen según los pisos del edificio.
- c) La primera improvisación abierta dentro del espacio, con Joan Saura,

Bea Fernández, Natàlia Espinet y Marga Guergué en el 98.

Imaginaros esos tres momentos como tres puntos que trazan vectores decisivos. Y os digo imaginaros porque no cuento con ninguna fotografía ni recuerdo, porque no estuve ahí. Hay constancia de ellos, el vídeo de Boza puede verse en youtube, pero, a excepción de éste, permanecen entre documentos escritos y anécdotas personales.

Ante la falta de registros -pruebas científicas, históricas- que nos narren exactamente cómo paso y cuándo, pregunto ¿es necesaria la evidencia visual o sonora para entender lo que arrojan desde el pasado y lo que indican hacia adelante, o será posible comprenderles sólo por cómo siguen operando al día de hoy?

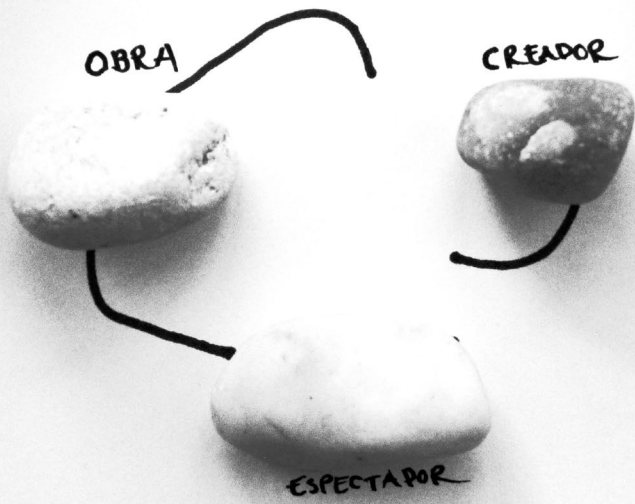
Las huellas, si realmente es que señalan algo que han dejado pendiente, son entonces cantera de imágenes, sonidos, acciones que, relacionadas con su origen, piden des-

plegarse en reflejos de espejos infinitos y alcanzarnos al día de hoy, dejando a su vez sus propias huellas.

Este librito, este video, esta voz que lee, son materias de esa memoria que une pasado-presente, son resolución de una cuenta pendiente, celebración del instante que les dio causa.







3. Tercer agente

Los tres momentos que señalo tienen algo en común: crear el entorno de posibilidad para que ocurra una creación performativa.

Es sabido que en el origen *La Caldera* nace de un grupo de colegas que compartirían espacio para producir, cada uno, sus proyectos. Los tres momentos que cito no se ajustan a ese propósito, incluso le desajustan porque comunican, *ponen en común*, los procesos de creación que antes eran independientes.

No me refiero a que los proyectos se convierten en procesos de composición colectiva, sino a que se inicia la generación de

espacios donde se comparten -se extienden unos en otros- los procesos de creación.

Para los que conocen el libro publicado sobre *La Caldera*, aquel que registra los años vividos en el barrio de Gracia, es bastante obvio que el proyecto del espacio devino paulatinamente en uno que ahora es capaz de provocar y apoyar procesos artísticos, acompañarlos y compartirlos en comunidad; sin embargo, en el inicio no se había pensado en ello.

Lo más natural sería atribuirle este hallazgo a grandes eventos públicos, a la llegada de creadores externos; pero antes, mucho antes, ya se cocinaban las condiciones para ese gran cambio.

Sin negar la importancia de los festivales e intercambios internacionales, propongo reconocer como instantes que inauguran este proyecto común a aquellos que se vie-

ron contaminados por primera vez por *la mirada espectadora*.

No hay obra, ni improvisación, no hay creación escénica que se construya en solitario y luego se concluya para mostrarse al espectador.

La mirada del espectador está desde el inicio de los tiempos interviniendo la composición. Decía una voz en el libro de *La Caldera*, mostrar al público es sólo mostrar la punta del *iceberg*, los espectadores no ven el trabajo detrás.

Sin embargo, haya o no mirada espectadora presente, las decisiones escénicas que se toman, las ediciones del material, todo está sujeto al ejercicio comunicativo en la creación performativa.

No me refiero a la comunicación como función que decodifica códigos y envía mensajes que deben descifrarse por medio del lenguaje, sino a un gesto que *extiende*

signos, significados y sentidos a fin de ponerlos en común, hacerlos uno con los otros.

Eso no está sujeto a la voluntad o capricho del creador porque todo gesto en el arte expresa algo hacia uno mismo y hacia afuera, en ese sentido todo proceso de creación es un proceso de simbolización, una representación que no sólo sirve para explicarme lo que experimento cuando danzo, sino que lo expresa hacia fuera de mí, para un *otro*.

Ningún gesto, mucho menos ningún gesto estético -aquél que espacializa una idea artística- se lleva a cabo sin esta doble condición, la de decir alguna cosa hacia uno y hacia afuera.

Esto comenzaba a ocurrir, sin planearse, en los encuentros entre pisos, porque entre ensayos y cambios, en aquellas míticas escaleras, se suscitaban charlas en medio de olor a sudor y humedad barcelonesa; preguntas,

desafíos contaminaban filtrándose en los estados de ánimo y las creaciones.

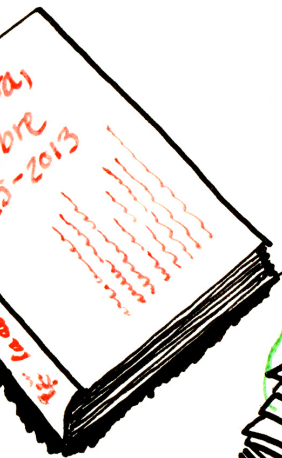
Los escalones andados serían vicarios que filtrarían unos espacios de ensayo en otros.

De la mirada espía del que no pertenecía a un proyecto, y que rondaba por entre los pisos, se construyeron obras, como *3 minutos de cocción*, piezas que fueron caldo de cultivo, caliente y promiscuo de ideas y creaciones, de una hirviente caldera.

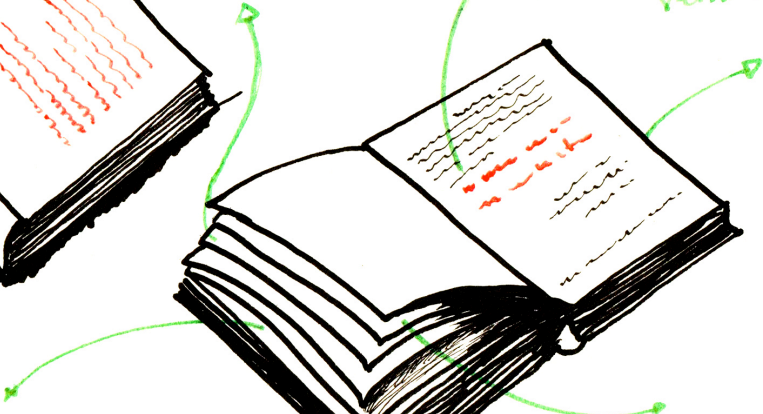
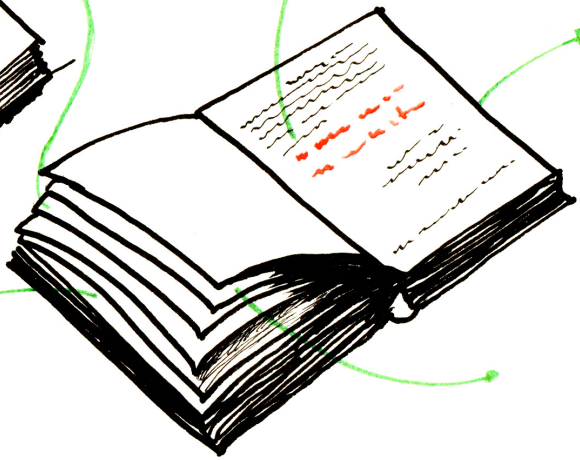
La primera improvisación pública, que bien pudo haber sido la de Joan, Bea, Natàlia y Marga, abre sus puertas al espectador común y condensa así aquel guiso puesto que transforma en algo material, tangible, perceptible, la vinculación triádica de creador-obra-espectador, y transparenta -o revela- que esas son las condiciones necesarias para que una creación se suscite. Improvisación, que, en instante irrepetible, anidaba este futuro.







un instante
un pasado de futuro por
venir...



4. Celebración

La recuperación del instante que hago aquí no es una reconstrucción, se trata de una transfiguración = o cambio de figura, de formato; es la traducción de una escritura que arrojaron los hechos del pasado y que, como índice, sigue señalando un futuro fértil por recorrer.

Este texto es sólo una visibilización -de muchas otras que pueden suceder- de la *duración* o la huella pasada; no es *archivo*, es materialización, traducción sensible de una cuenta que estaba y sigue pendiente.

Esta transfiguración quiere dar al instante que conmemora la misma materia de la

cual está constituida la danza del bailarín, aquella que describía López Velarde, la que se estructura de tensiones y contradicción: es cuerpo y alma al mismo tiempo; dice el poeta, “comienza en sí misma y concluye en sí misma”, pero, incluso así, deja estrellas y mensajes porque los pies del bailarín “van trenzando la parsimonia y el rijo”.

Y aquí también, como el ditirambo del poeta, éste es un canto deseoso de volver a danzar, a dibujar, lo que en efímeras conversaciones dio cimiento a *La Caldera* para, con ello, desearle larga vida.

Créditos

Ilustraciones de páginas 8, 12, 20 y 28: Sara Gómez.

Fragmento fotográfico en portada y páginas 18 y 19: tomado de *La Caldera, el libro*, fotografía 4, p. 96.

Fragmento fotográfico en páginas 26 y 27: tomado de *La Caldera, el libro*, fotografía de Jordi Bover, p. 100.

Pensando con:

Benjamin W. “Pequeña historia de la fotografía” en *Sobre la fotografía*. Valencia: Pre-textos. 2015.

La Caldera, el libro. 1993-2013, Barcelona: LiquidDocs. 2013.

López Velarde, “El bailarín” en *El minuterero*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015.

Rancièrre J. *Tiempos modernos*, Santander: Shangrila. 2018.

Sara Gómez
Quiasmo

Barcelona
2020

Quasmo